a 00003 542090

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

IN MEMORY OF
NORVA PROCTOR McKNIGHT
1880 - 1944
PRESENTED TO THE LIBRARY

862.8
C732
v.14

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEK**
ONLY, and is subject to a fine of **FIV**
CENTS a day thereafter. It is **DUE** on t
DAY indicated below:

AUG 3 1 1983

JAN 19 '82

¡LOS DIOSES SE VAN!

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE JUAN A. MATEOS

Estrenada con gran éxito en el Teatro Principal de México.*

PERSONAJES.

ELOISA.
DOÑA AURORA.
DON ANSELMO.
GILBERTO.
SANTELICES.
EL RECTOR.
MANUEL, estudiante.
FLORENTINO, idem.
DEFENSOR.
ESTUDIANTE 1º
ESTUDIANTE 2º
ESTUDIANTE 3º
JURADO 1º
JURADO 2º
JURADO 3º
UN PORTERO.

ESTUDIANTES. JURADOS, PUEBLO.

ACTO PRIMERO.

Sala de recibir en la Escuela Preparatoria. Grandes cuadros.—Puertas laterales y al fondo.—Mesa con recado de escribir y libros.—Sillones.—Al levantarse el telon se oye un gran ruido de voces. Un tumulto de estudiantes llega á la puerta del fondo, donde los detiene Gilberto.

ESCENA I.

GILBEBTO, FLORENTINO, MANUEL, ESTUDIANTES 1º, 2º, 3º

GILBERTO.

¡Un momento, compañeros!

FLORENTINO.

¡Silencio!.... ¡silencio!

GILBERTO.

¡Nos vamos á constituir en comité permanente hasta que se resuelva la cuestion, redactarémos un escrito pidiendo la abolicion de la ley: esperad, tened paciencia, yo respondo del éxito!

FLORENTINO.

¡Bien, bien!

GILBERTO.

Entretanto conservad el órden, no perjudiquemos nuestro derecho.

TODOS.

Bravo, bravo. *(Aplausos.)*

GILBERTO.

¡La cosa marcha! ya era necesario tomar un aspecto imponente; se ha abusado de nosotros sin piedad, se nos condena á vivir entre las cuatro paredes de esta cárcel; es necesario romper nuestras cadenas. Abajo el internado.

FLORENTINO.

¡Abajo el internado!

GILBERTO.

Ha pasado ya el tiempo de las reclusiones, la li-

* Esta obra no puede reimprimirse ni representarse sin permiso del autor. El depósito se ha hecho conforme lo dispone la ley.

bertad es el motor de la época. ¡Viva la libertad!....

FLORENTINO.

¡Viva!

GILBERTO.

No contentos nuestros opresores con su absurda tiranía, nos imponen dos años más de estudios innecesarios.

MANUEL.

Yo para qué quiero el telescopio, si he de ser abogado.

ESTUDIANTE 1º

Ni yo la botánica cuando sigo la carrera de ingeniero.

ESTUDIANTE 2º

Ni yo la constitucion, cuando voy á ser médico.

ESTUDIANTE 3º

¡Abajo esos librotes!

GILBERTO.

Es necesario colocarnos á la altura de la civilizacion moderna, aquí se nos sujeta á un sistema brutal, se nos priva de todos los goces, se nos hace llevar una vida de cenobitas, se nos dan yerbas y no se nos permite más bebida que el agua.

MANUEL.

¡Sí, proclamemos la *cantina* libre!

GILBERTO.

Por toda distraccion tenemos dos horas de paseo en estos corredores de convento, donde no hay una planta que nos dé algo de oxígeno.

MANUEL.

¡Distraigámonos á nuestro antojo, ensayemos la física y las matemáticas en la mesa de billar! ¡viva la carambola!

GILBERTO.

Qué noches tan horribles, con el libro delante como unos ermitaños.

ESTUDIANTE 1º

¡Abajo el libro!.... la noche es para el descanso.... ¡Descansemos en Capellanes! viva el Cancan.

GILBERTO.

Rompamos los lazos que ataron á nuestros padres, forjados por la barbárie antigua; hagamos una nueva generacion de hombres libres; la celda acabó al desaparecer el fraile, no consintamos en que se nos ponga la mortaja.

ESTUDIANTE 2º

¡Proclamemos el amor, siga sus ímpetus la juventud, rompamos el dique y adelante!

TODOS.

¡Adelante! ¡adelante!

GILBERTO.

Discutamos el programa. (*Se sientan.*)

MANUEL.

Yo escribo.

GILBERTO (*dictando*).

Artículo 1º. La Escuela declara que cesa el internado, en nombre de la libertad, proclamada por los adelantos del siglo. Los estudiantes quedan á voluntad y asistirán á las cátedras cuando les convenga, sin que haya derecho á apuntar sus faltas, ni á que se les tiranice en los exámenes.

TODOS.

¡Bravo!.... ¡Bravo!

GILBERTO.

Artículo 2º. Las lecciones serán orales, sin que el catedrático tenga derecho á inquirir sobre el adelanto de los discípulos, que en uso de su libertad se aprovecharán ó no, de las lecciones.

FLORENTINO.

¡Bien.... bien!

GILBERTO.

Artículo 3º. Los estudiantes imponen la derogacion de la ley que les obliga á estudiar *ciencias* inútiles.

FLORENTINO.

¡Bravo!.... ¡Bravo!

GILBERTO.

Artículo 4º. Los estudiantes se declaran en huelga, hasta la satisfactoria resolucion de estas cuestiones.

FLORENTINO.

¡Aprobado! ¡aprobado!

GILBERTO.

Presentemos al rector nuestro *ultimatum*.

MANUEL.

Está el viejo más azorado que una doncella.

GILBERTO.

Como que todos estamos armados, imitemos á los estudiantes antiguos, ellos empezaban siempre las revoluciones.

MANUEL.

Iniciemos la revolucion francesa; la ley y los libros á la guillotina, *auto de fé* con los reglamentos: á la hoguera los catedráticos.

GILBERTO.

Esperadme, yo sostendré la réplica con estos autócratas: si se niegan, declaremos la huelga y alarmemos á la sociedad.

MANUEL.

Nuestros padres se van á poner furiosos.

GILBERTO.

No importa, los viejos representan las ideas retrógradas, los vencerémos en esta lucha, ellos no sirven sino para echar sermones, quebrantemos esa cadena opresora, prescribamos el pasado y dejemos esa tumba donde quieren encerrar á esta generacion de hombres libres, ¡abajo la tiranía!

MANUEL.

¡Abajo la tiranía!

GILBERTO.

Esperadme ahí, no entraré por condicion alguna: ó la ley, ó nosotros.

TODOS.

¡Bien, bien!

(Se van por la derecha.—Se oye un gran ruido de voces.)

ESCENA II.

EL PORTERO Y DOÑA AURORA.

PORTERO.

Pase vd., señora, esto es espantoso.

DOÑA AURORA.

¿Pero qué sucede en el colegio?

PORTERO.

Nada, que todo esa turba se ha insolentado, se ha pronunciado contra la ley de estudios y ya quieren hasta incendiar el edificio, es una verdadera *Comuna* de Paris.

DOÑA AURORA.

Diga vd., ¿y mi hijo? (*Con mucha ansiedad.*)

PORTERO.

Manuel Perez, es uno de los cabecillas: figúrese vd. que al grito de "abajo la ley" ha entrado á la sala de física y roto el vidrio de la máquina que echa chispas.

DOÑA AURORA.

¿Pero él?

PORTERO.

Despues la chusma ha entrado al refectorio y hecho pedazos los platos y los vasos, han paseado en un estandarte al retrato del rector, y hecho pedazos los faroles: ¡esto es espantoso!

DOÑA AURORA.

¡Dios mio!.... ¡Dios mio!

PORTERO.

Mañana que se haya acabado el desórden expulsarán á los revoltosos.

DOÑA AURORA.

¡Expulsado! yo voy á morir de vergüenza.

PORTERO.

A mí me han amenazado con desollarme vivo, y he tenido que encerrarme en este salon de recibir.

DOÑA AURORA.

¿Y dónde está mi hijo?

PORTERO.

Allí, allí está encerrado urdiendo una trama abominable.

DOÑA AURORA.

Dígale vd. que estoy aquí.

PORTERO.

¿Yo? ni por pienso, es capaz de extrangularme.

DOÑA AURORA.

¡Yo se lo ruego á vd.!

PORTERO.

Pues bien, llamaré á la puerta, es á lo único á que me comprometo.

DOÑA AURORA.

No tema vd.

PORTERO.

Voy.

DOÑA AURORA.

¡Ampárame, Dios mio! (*El portero llama y sale corriendo.*)

ESCENA III.

DOÑA AURORA Y MANUEL.

MANUEL.

¿Quién diablo se atreve á interrumpirnos?

DOÑA AURORA.

¡Yo, yo soy; yo, que te busco!

MANUEL.

Madre....

DOÑA AURORA.

Sí, yo que vengo á arrojarme á tus piés á suplicarte que vuelvas en tí de esa locura.

MANUEL.

Levántese vd., yo se lo suplico.

DOÑA AURORA.

Manuel ¿qué haces?

MANUEL.

Nada, usar solamente de un derecho.

DOÑA AURORA.

Habla, yo no comprendo nada.

MANUEL.

Que una ley nos obliga á estudiar lo innecesario y nosotros lo rehusamos.

DOÑA AURORA.

¿Pero tú sabes acaso más que las leyes?

MANUEL.

Conozco mis intereses.

DOÑA AURORA.

¡Manuel, Manuel!

MANUEL.

Ademas, ya nos fastidia el encierro, es necesario dejar esta cárcel.

DOÑA AURORA.

¡Esta cárcel!.... ¡ingrato!.... esta cárcel es el asilo de tu horfandad.... cuando yo quedaba sola en el mundo delante del sepulcro de tu padre, cuando yo pedia de puerta en puerta el pan del trabajo para sostenerte, y no lo encontraba, entónces mendigué un lugar para tí, y esta cárcel que tú llamas, fué el cielo que se abria á mis aspiraciones de madre, porque era tu porvenir.

MANUEL.

Es obligacion del Estado.

DOÑA AURORA.

Sí, pero sobraban gentes honradas que solicitaban tu plaza, y tú fuiste escogido, merced á mis súplicas, á mis ruegos y lágrimas!

MANUEL.

¿Y bien?

DOÑA AURORA.

¡Que tú te vuelves contra tus protectores, que te lanzas como un furioso destruyendo cuanto debias respetar, que te estás infamando y cubriendo de vergüenza!

MANUEL.

No, eso no es cierto.

DOÑA AURORA.

¿Qué harás fuera de este recinto? yo no tendré donde llevarte, como el pan ageno, mira mis ojos secos al calor de la luz; porque paso las noches cosiendo, para proporcionarte esa pobre ropa que llevas, y cuando no la puedo obtener por medio del trabajo.... Manuel.... ¡la pido de limosna!

MANUEL.

¡Doble humillacion!.....

DOÑA AURORA

Cuando veo que rompes los diques del respeto hácia tus protectores, hácia los que forman el edificio de tu porvenir, ¡cómo he de pensar que respetas mis canas! ¡No, no, eso es una mentira!

MANUEL.

Yo me sabré formar.

DOÑA AURORA.

¡Mentira!..... el dia en que sales del colegio pasas las horas en la disipacion, en el juego; te veo llegar, y al darme un beso en la frente.... ¡horror, horror!.... yo percibo tu aliento, ¡no, no lo quiero decir, porque me..... causa espanto!

MANUEL.

Quién no toma un trago de licor, eso es permitido.

DOÑA AURORA.

No, eso quiere decir que si estuvieras libre, sin más sombra que la mia, triste y desgraciado te arrastrarias en el fango de la perdicion.

MANUEL.

No, no, eso es imposible.

DOÑA AURORA.

¡No podrias resistir el contacto del vicio; y tú, hijo mio, tú que eres mi única, mi sola esperanza, la esperaza de mi vejez, me abririas con tus desaciertos la sepultura, y yo bajaria á ella con el corazon lleno de abrojos!

MANUEL.

Madre....

DOÑA AURORA.

¡Vamos, vuelve en tí, hijo mio! ¡vuelve en tí, en nombre de nuestra miseria!

MANUEL.

Eso es imposible.

DOÑA AURORA.

¿Tú crees que se puede impunemente herir el corazon de una madre?.... ¡yo cerraré bien pronto mis ojos y tú quedarás solo, ludibrio de la sociedad y el sér más desgraciado de la tierra!

MANUEL.

Madre, si oyesen á vd., se burlarian de mí.

DOÑA AURORA.

¿Burlarse de tí? ¿pues qué á tanto ha llegado la corrupcion, que las lágrimas de una madre son objeto de risa y de ludibrio? ¿Pues qué, ya no hay corazon entre los hombres? ¿ya no hay Dios?

MANUEL.

Los deberes de comunidad.

DOÑA AURORA.

¡Deber! atropellando cuanto te he enseñado á venerar, escarneciendo cuanto debias respetar, hollándolo todo, es así como cumples con tus deberes de hijo y de expósito.

MANUEL.

No diga vd. esa palabra.

DOÑA AURORA.

Sí, expósito, huérfano, desheredado, cubierto de harapos, hijo de una mujer infeliz, has llamado á esta puerta lánguido de hambre y de miseria; entónces no hablabas de derechos, entónces tus ojos lloraron de ternura y besaste las manos de tus benefactores.... ¡Manuel, Manuel! ¡de aquí saldrás á la miseria!

MANUEL.

No, porque cuando llegue ese dia, apelaré al suicidio.

DOÑA AURORA.

¡Qué ha dicho!..... ¡pues no habla de atentar contra su existencia!.... ¿es verdad lo que he

oido?... No, no eres mi hijo, yo te desconozco... mi sangre no puede haber alimentado á un monstruo.... Hijo.... no, esa palabra me quema los labios.... ¿qué has hecho de ese Dios que yo he infiltrado en tu corazon con mis oraciones?....

MANUEL.

¡Madre! ¡Madre!

DOÑA AURORA.

No, yo no te maldigo porque te he llevado en mis entrañas.... ¡pero Dios.... Dios!

MANUEL.

¡Madre!.... ¡perdóneme vd! *(Se arrodilla.)*

DOÑA AURORA.

No, no, júrame ántes que no has dicho esa palabra.

MANUEL.

¡Yo me arrepiento! perdóneme vd.

DOÑA AURORA.

¡Aquí, sobre mi corazon!.... ¡hijo, hijo de mi vida!

(Se oyen carcajadas en el cuarto donde están los tres estudiantes.)

DOÑA AURORA.

Manuel, me han escuchado y.... se han reido; dices bien, las lágrimas de una madre son una irrision en esta sociedad; ¡es que Dios se va de entre nosotros!

MANUEL.

No, madre, descuide vd., yo no me mezclaré en nada, enjugue vd., sus ojos, yo le ofrezco que todo esto pasará.

DOÑA AURORA.

Bien, confio en tus palabras, acuérdate de tu pobre madre.... ¡Manuel.... Manuel.... en nombre del cielo! *(Se va.)*

ESCENA IV.

MANUEL Y LOS TRES ESTUDIANTES.

ESTUDIANTE 1º

Magnífico sermon, amigo mio.

ESTUDIANTE 2º

Decididamente quedas excluido del *comité*, aquí necesitamos corazones ménos apasionados.

MANUEL.

¡Una madre, siempre es una madre!

ESTUDIANTE 3º

Y dos madres, son dos madres; y una abuela, son tres.

MANUEL.

Bien, he tenido un momento de debilidad, quise evitar un escándalo y he cedido; pero ese momento ha pasado; soy todo de nuestra causa.

ESTUDIANTE 1º

Dime, Manuel, si todos nos fuésemos á detener delante de los lloriqueos de nuestros padres, seriamos unos mandrias insoportables.

MANUEL.

Tienes razon, es necesario curarse de la ternura; los combates son para las almas fuertes.

ESTUDIANTE 3º

Afortunadamente yo no tengo madre que me detenga.

ESTUDIANTE 2º

¡Qué gracioso dice que *afortunadamente* no tiene madre!

ESTUDIANTD 3º

Soy hijo de las piedras, mi madre es la cantina, mi padre el café cantante, mi padrastro el colegio.

ESTUDIANTE 2º

Qué diablos pasará con Gilberto, ya se hace esperar demasiado, no podrá habérselas con ese pobre diablo de rector que está atortolado con el escándalo.

ESTUDIANTE 3º

Nos quieren hacer sabios á la fuerza, y esto no lo consentirémos.

MANUEL.

Imposible, hoy todo debe ser superficial, muy superficial: ya se acabó el tiempo del hombre biblioteca; la *borla* y el *capelo* se han hundido para siempre; los sabios antiguos ya no están de moda, ¡abajo los pedagogos!

ESCENA V.

DICHOS, SANTELICES Y ANSELMO.

MANUEL.

A la disposicion de vdes., caballeros.

SANTELICES.

Me mandó llamar el director, pero creo notar algo extraño en la Escuela.

MANUEL.

Estamos en crísis, caballero.

ANSELMO. (*Aparte.*)

¿Qué dice este hombre?

SANTELICES.

No entiendo.....

MANUEL.

Sabrá vd. la tiranía que se nos ha impuesto recargando nuestros estudios; pues bien, nosotros hemos protestado enérgicamente y comenzamos á declararnos en huelga.

ANSELMO. (*Aparte.*)

¿Pero qué es esto?

SANTELICES.

¡Já,já, já!.... ¡já, já, já! qué ocurrencia de muchachos estos, en mis tiempos no se llamaban huelgas, no, no se conocia ese nombre; pero nos pronunciábamos contra el rector que era un viejo indigesto, con una cara de dolor de estómago, ¡já, já, já!

ANSELMO. (*Aparte.*)

Pero este hombre es un imbécil.

MANUEL.

Ademas, no queremos permanecer en este encierro, queremos ser como los estudiantes del barrio Latino, ¡abajo el *internado!*

SANTELICES.

¡Já, já, já!.... ¡muy bien pensado, muy bien!

ANSELMO. (*Aparte.*)

Me parece mentira lo que estoy oyendo.

SANTELICES.

Ya saben vdes. que yo soy diputado progresista, ultra-liberal, voy con la juventud y me regocija ver este espíritu de independencia: no estoy por la celda; libertad sin límites, libertad sin catedráticos ni pedagogos, ¡yo proclamo la ciencia filibustera!

MANUEL.

¡Muy bien! vd. nos apoyará en las Cortes para la derogacion de la ley y la reforma de la escuela.

ANSELMO. (*Aparte.*)

¡Pero esta es una complicidad absurda!

SANTELICES.

Hoy mismo presentaré la proposicion; id todos á ocupar las galerías, es necesario *hacer opinion*, que el escándalo continúe, para que los retrógrados trancen con la juventud.

ANSELMO. (*Aparte.*)

¡Y á este hombre habia confiado el cuidado de mi hijo!

SANTELICES.

Yo diré un gran discurso sobre instruccion pública, que dejará asombrados á los retrógrados; yo les diré que la juventud no es rebaño para imponerle pastores que la guien, que ella se basta á sí misma para salvarse.

TODOS.

¡Bravo! ¡bravo!

SANTELICES.

¿No es vd. de mi misma opinion, Sr. D. Anselmo?

ANSELMO.

Sí, de la misma; y cómo podria pensar de otro modo, aunque yo pertenezco á esos pobres estudiantes del régimen antiguo, á esos machacones de libros indigestos que tenian veneracion por los sabios y respetaban la superioridad del talento: comprendo que esos tiempos han pasado, la humanidad cambia de forma, aquella era una juventud de imbéciles, hoy la juventud se salva sola, estoy enteramente de acuerdo.

SANTELICES.

Parece que hay algo de ironía....

ANSELMO.

¡No, no lo piense vd.! á quién no ha de regocijar este espectáculo: el niño discutiendo las altas cuestiones de la ciencia, frente á frente del legislador, disputándole su experiencia y decidiendo sobre su mismo porvenir: ¿qué será esta generacion dentro de algunos años? ¡vamos derechos á la época de los gigantes!

SANTELICES.

¡Pues yo apruebo todo, todo, me agradan las aspiraciones, me enorgullece ver esta juventud educada por nosotros, que avanza, y avanza sin cesar á la cumbre de la civilizacion, y coronará de laureles la frente cana del siglo XIX!

TODOS.

¡Bien! ¡bien!

ANSELMO.

Sí, perfectamente.

SANTELICES.

Adolece vd. de su edad, amigo mio, por eso me felicito de ser el tutor de Gilberto, que adquirirá otras ideas, las ideas de la época.

ESCENA VI.

DICHOS Y GILBERTO.

GILBERTO.

Señores, lo dicho; el rector no ha querido ni aun recibirme, ¡declaremos la huelga!

TODOS.

Sí, sí, ¡la huelga! ¡la huelga! (*Se oyen gritos y palmoteos.*)

GILBERTO.

Ya ha comenzado la revolucion, dentro de una hora ya habrémos destruido la biblioteca.

TODOS.

¡Rravo! ¡bravísimo!

GILBERTO.

Señor de Santelices, tal vez vd. no apruebe mi conducta, pero como presidente del comité, tengo un deber que cumplir, *¡ahora ó nunca!*

SANTELICES.

No, amigo mio, yo estoy de acuerdo; vdes. tienen razon, y espero con ansia la hora de la sesion para tratar de este suceso como testigo ocular, *(se oye más ruido)* pero acaso el señor. D. Anselmo, padre de vd., no opinaria como yo.

GILBERTO.

¡Mi padre!.... señor.....

ANSELMO.

¡Gilberto!

GILBERTO.

Puede desagradar á vd. mi conducta; pero el movimiento es ya general en todos los colegios de la capital, nos han exasperado y....

ANSELMO.

¡Bien! ¡bien!....

GILBERTO.

Se trata de una tiranía irritante.

ANSELMO.

Y os volveis contra la ley, nada más natural: el legislador va á retroceder delante de esta revolucion (*con ironía*).

GILBERTO.

Al ménos pensará algo, viendo los deseos de la juventud.

ANSELMO.

¿Y cómo no ha de pensar? de vuestro lado está la capacidad, la instruccion, la experiencia, dónde iriamos á parar si los hombres fuertes en la conciencia de sus deberes, no se dejasen llevar por las aspiraciones de los niños jóvenes? acabó la escuela ascendente, ahora los viejos necesitan volverse niños para legislar..... ¡la sociedad avanza!

SANTELICES.

La razon se encuentra ó puede encontrarse en todas las condiciones.

ANSELMO.

Hé aquí un viejo niño, muy á prósito para sostener un escándalo de estudiantes.

ESCENA VII.

DICHOS Y EL RECTOR.

RECTOR.

Caballeros.

ANSELMO.

Señor director.

RECTOR.

Habia hecho llamar á vdes., porque pasan cosas muy graves en el establecimiento.

SANTELICES.

Ya estamos al tanto de esto que puede aparecer como un desórden y trae en el fondo un principio de justicia.

RECTOR.

¡No esperaba!.....

ANSELMO.

Continúe vd., caballero.

RECTOR.

Por mucha justicia que quiera suponerse en los motines, ella no autoriza los atentados. Desde ayer reina aquí un completo desórden, se pide la derogacion de las leyes, se nos falta al respeto, se nos insulta.

ANSELMO.

¡Sí, esto es horrible!

RECTOR.

Yo no puedo enmudecer y tomo las providencias que están á mi alcance. Gilberto, su hijo de vd., queda despedido de la Escuela.

GILBERTO.

Yo elevaré mi queja al gobierno.

ANSELMO.

¡Gilberto!

GILBERTO.

¡Estoy en mi derecho!

ANSELMO.

¡Que estás en tu derecho!.... infeliz.... esta vida de estudio te impacienta y cometes el sacrilegio de despedazar el libro, atentado incalificable en el seno de esta civilizacion; quieres presentarte ante la sociedad con un falso título, que respetan los imbéciles y hace reir á los hombres entendidos. ¡Cómo han de creer en tu ciencia, sabio de veintiun años!

SANTELICES.

¡Sí, pero es un exceso diez años de estudios!

ANSELMO.

Sí, un exceso, para hacer ignorantes, nada para hacer hombres científicos.

SANTELICES.

Está vd. montado á la antigua.

ANSELMO.

¡Sí, pertenezco á esa generacion que ha encanecido en el estudio, que ha rendido sus homenajes á la sabiduría de nuestros grandes hombres, que ha glorificado la pluma de nuestros historiadores, que ha venerado la oratoria de nuestra tribuna, y ha esculpido con letras de oro los grandes hechos de nuestros patricios!

RECTOR.

¡La mano, caballero!

GILBERTO.

Padre, esta generacion aspira á los fueros de la época.

ANSELMO.

Y comienza por sustraerse á la accion de las leyes amenazando al Estado con una huelga.

SANTELICES.

Os aconsejan vuestras rancias ideas; dejad el paso á lo que viene; los restos de la antigua generacion forman un dique muy débil á las ideas de la época.

ANSELMO.

¡Las ideas de la época! y pensais que puede sucedernos dignamente esta juventud enervada de la que una mínima parte bebe en las fuentes del saber humano, juventud que ostenta su virilidad en los focos de corrupcion social, y su apocamiento en las grandes virtudes, que entra sacrílega á las catacumbas del siglo y esparce al viento las cenizas de los héroes y de los mártires!

SANTELICES.

¡Pero quiénes somos nosotros para calificarla!

ANSELMO.

¡Granos de arena que arrebatan las tempestades del siglo, en estos tiempos en que la moral se va, en que no queda en pié más que el error alimentado por un falso brillo de popularidad, nos queda el dolor de ver pisoteadas nuestras canas por nuestros propios hijos!

SANTELICES.

Exagerais demasiado.

ANSELMO.

Sí, ¡por nuestros mismos hijos!.... yo te abandono, Gilberto; escribe, escribe las páginas de tus extravíos con las lágrimas de tu padre; ¡tú, tú las borrarás.... con las tuyas!

GILBERTO.

¡Padre!

SANTELICES.

¡Yo le amparo!

ANSELMO.

¡Sí, amparadle! tenedle compasion, es el sacrílego que sale expulso del templo de la ciencia llevando en su frente el primer estigma del anatema social; alentad á esta juventud que se extravía, empujadla al abismo, perdedla en las tinieblas; ¡pero no olvideis que el que siembra vientos, recoge tempestades!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala decentemente amueblada en la casa de Santelices. —Puertas laterales y al fondo.—Es de noche.

ESCENA I.

GILBERTO *sentado á una mesa con la cabeza inclinada sobre el libro.* MANUEL *de pié.*

MANUEL.

¡Estamos en el paraíso!.... llevamos una vida de príncipes, ¡somos casi unos millonarios!....¡ignoraba yo que la vida tuviera tantos atractivos!... ¡Nada hay más cómodo que la holgazanería!.... Aquella campana del colegio que tocaba á las cinco de la mañana, ya me tenia desesperado; ¡hoy me levanto á la alborada de las diez! ¡Acabó el *internado*, somos los exclaustrados de la época! ¡este benefactor gobierno nos pasa una renta y paseamos y zanganeamos que es una gloria!.... Gilberto, vamos, hombre, que hace muchos dias que andas cariacontecido, no parece sino que extrañas la vida de la escuela.

GILBERTO.

Manuel, estoy desesperado.

MANUEL.

¿Y de qué? todos los dias entretengo al viejo miéntras tú hablas á la muchacha, y todavía te quejas, maldito, de cocer.

GILBERTO.

¡Calla, por Dios!

MANUEL.

¡Qué bien se practica en esta casa la jurisprudencia; vas á salir muy aventajado!

GILBERTO.

Manuel, quisiera confiarte un secreto.

MANUEL.

Soy una tumba, que suele abrirse algunas ocasiones.

GILBERTO.

Te hablo formalmente.

MANUEL.

Pues desembucha.

GILBERTO.

Yo amo á Eloisa.

MANUEL.

¡A quién se lo cuentas!

GILBERTO.

El Sr. de Santelices, mi tutor, nos ha abierto las puertas de su hogar, nos ha introducido en su casa, nos ha puesto en contacto con su familia.

MANUEL.

Todo lo cual nos tiene contentos y satisfechos: libertad, vinos, paseos; un programa entero de felicidad.

GILBERTO.

Pues bien, ¡yo he faltado á mis deberes, he abusado de tanta generosidad!

MANUEL.

¡Demonio!

GILBERTO.

Sí, el amor de Eloisa me ha conducido á un abismo.... la pasion ciega á los hombres y....

MANUEL.

¡Se llevó el diablo la trampa!

GILBERTO.

¡Mi compromiso es horrible..... espantoso!

MANUEL.

El negocio es peliagudo: ¡diablo de enamorados!

GILBERTO.

¡Dentro de breves dias no podrá ocultarse ese secreto, y estoy perdido!

MANUEL.

¡Un proceso, una prision, ó un casamiento, tres desesperaciones abominables!

GILBERTO.

Pues bien, he pensado huir.

MANUEL.

¿Y adónde?

GILBERTO.

¿Dónde?.... á cualquiera parte, lo que deseo es alejarme de esta casa, huir de mi padre....

MANUEL.

¿Y tu carrera?

GILBERTO.

No me hables de nada, estoy loco, aturdido; es necesario que me acompañes, tú eres mi único amigo.

MANUEL.

¿Y Eloisa?

GILBERTO.

Irá con nosotros.

MANUEL.

¿Y qué vamos á hacer los tres por esos mundos de Dios?

GILBERTO.

Manuel, Manuel, no tengo más amparo que tú.

MANUEL.

Pues hombre, está el amparo envidiable.

GILBERTO.

Tengo dinero.

MANUEL.

Esa es la clave; cuenta conmigo hasta el último duro, despues seria una carga, y yo no quiero serte gravoso.

GILBERTO.

Ahora hablaré á Eloisa, que está temblando de miedo.

MANUEL.

¡El amor, amigo mio, el amor!

GILBERTO.

No tengo otra salida.

MANUEL.

No te azores; el caso es grave, pero no tan desesperado.

GILBERTO.

Aconséjame.

MANUEL.

Yo me iria solo.

GILBERTO.

Es una falta de caballerosidad.

MANUEL.

¿Estás acaso en otro terreno?

GILBERTO.

¡Comprometer á Eloisa, nunca!

MANUEL.

Pues me gustan tus escrúpulos, hay negocios que se resuelven solos y este es uno de ellos.

GILBERTO.

No, no, yo estoy loco.... Manuel, no me dejes en el peligro.

MANUEL.

¡Te acompaño, está dicho!

GILBERTO.

Pues bien, yo dispondré las cosas de modo que tú seas el que acompañe á Eloisa; yo estaré en esta casa hasta el último momento, porque hoy llega mi padre y notaria mi ausencia.

MANUEL.

Pues habilítame, necesito prepararme, y dispon el viaje; yo salvo mi responsabilidad.

GILBERTO.

Yo la acepto toda. Toma, y vuelve por Eloisa; ella te dirá cuál es mi plan.

MANUEL.

Adelante: estos dos tortolitos se fugan y yo soy el robado. *(Se va.)*

ESCENA II.

GILBERTO, DESPUES ELOISA.

GILBERTO.

Saldrémos de aquí, huirémos á cualquiera parte desde donde solicitaré el perdon de mi padre y del de Eloisa..... hoy ni me atrevo á verlos cara á cara; su indignacion seria horrible.... mi carácter es violento y.... no, no, yo no quiero agregar á mi falta un atentado, seria un crímen.

ELOISA. (*Agitada.*)

¡Gilberto, Gilberto!

GILBERTO.

¿Qué te pasa?

ELOISA.

¡Es que no vivo, lloro sin cesar.... mi rostro se demuda dia á dia, tengo un miedo horrible!

GILBERTO.

¡Eloisa, vida mia! cálmate, es necesario hacer un esfuerzo supremo.

ELOISA.

¿Qué hacer? yo estoy pendiente de tus labios, de tu voluntad.... ¡Qué desgraciada soy!

GILBERTO.

Si dependiera de mi voluntad, nos uniriamos esta misma noche; pero tú sabes que aunque mi padre es rico yo nada poseo, y si él me abandona.... ¡no, no, llegariamos á la miseria.

ELOISA.

Yo confesaré todo á mi padre, tendré valor para afrontar su cólera; yo sufriré las consecuencias de su justa cólera.

GILBERTO.

No, yo conozco su carácter, vengaria su ofensa, sí: yo no le tengo miedo á la muerte; ¿pero qué harias tú.... y tu?....

ELOISA.

¡Calla, por Dios!

GILBERTO.

¡Nos queda un partido, un extremo horrible!

ELOISA.

Habla....

GILBERTO.

Eloisa, es preciso ponernos á distancia de su cólera.

ELOISA.

No te comprendo....

GILBERTO.

Sí, es necesario huir.

ELOISA.

¡Abandonarle, pagar con la deshonra sus sacrificios, no, no, ántes soportar sus iras aquí en el silencio de este hogar, al ménos la sociedad no le arrojará al rostro mi falta!

GILBERTO.

Eloisa, eso es imposible.

ELOISA.

¿Qué podrá suceder? ¿que me condene al retiro, á la reclusion, que me vea como un objeto des-

preciable?.... ¡bien, yo lo sufriré todo ántes que la deshonra pública!

GILBERTO.

¡Desgraciada! ¿y no sabes que para cubrir tu honor tendria que arrancarte á nuestro hijo?

ELOISA.

¡Nunca!

GILBERTO.

Sí, tú ni aun llegarias á conocerlo.... ¡pasaria á manos extrañas!.... ¡le perderias para siempre!....

ELOISA.

¡Infeliz.... infeliz!

GILBERTO.

Le veria como un objeto de odio, como la cifra de su deshonra.

ELOISA.

¿Cómo puede aborrecerse á un niño?

GILBERTO.

Tú no conoces el corazon humano en sus extravíos; cuando un sér nos recuerda una falta, cuando su presencia es una memoria fatal, entónces se le aleja, se le proscribe impíamente ó se le destruye; de aquí el crímen espantoso de infanticidio.

ELOISA.

¡Horror, horror!.... ¡primero la muerte que uno solo de esos espantosos pensamientos!

GILBERTO.

Pues bien, evitemos las consecuencias de una violencia, ¡huyamos!

ELOISA.

Sí, huyamos, yo quiero desafiar al destino.... ¿pero si nos sorprenden?....

GILBERTO.

La ley me castigará tranquilamente, no me pondrá delante la ira de un padre ofendido.

ELOISA.

Bien, huyamos, sí, huyamos.... ya tengo valor....

GILBERTO.

Pues bien, allí están mis instrucciones, Manuel te acompañará; esta noche dejarán la ciudad.

ELOISA.

¡Marchar sola!.... ¡no, imposible!

GILBERTO.

Yo me reuniré con vosotros mañana; es necesario cubrir las apariencias hasta el último momento.

ELOISA.

¡No me abandones!

GILBERTO.

No, te amo con adoracion.... ¡tú serás mia para siempre!.... ¡valor, Eloisa!

ELOISA.

Sí, sí.

ESCENA III.

DICHOS. DON ANSELMO Y SANTELICES.

SANTELICES.

Vamos, entre vd.: Gilberto, un abrazo á tu padre.

GILBERTO.

¡Padre!

ANSELMO.

¡Ven á mis brazos!.... Señorita....

ELOISA.

¡Don Anselmo! (*Lo abraza.*)

ANSELMO.

Y qué desmejorada está vd., señorita; parece que sale vd. de una enfermedad.

ELOISA.

No, no tengo nada.

SANTELICES.

Ya habia reparado; pero como estas jóvenes del dia todas están cloróticas, no lo extrañaba.

ELOISA.

No, no, me siento perfectamente.

SANTELICES.

¿Qué dice vd. ahora de sus teorías, señor filósofo? su hijo de vd. ha hecho un brillante exámen.

ANSELMO.

Que más quisiera engañarme.

SANTELICES.

Hablaba vd. contra la huelga porque estos muchachos pedian su libertad; creia vd. que saliendo de aquella reclusion todo seria desórden y corrupcion; se ha engañado vd. como un niño.

ANSELMO.

Desconfío mucho.

SANTELICES.

No hay por qué, todo aquel sermon fué inútil por completo; ya ve vd., las paredes del colegio no tienen la virtud de hacer sabios; en la casa se estudia con más ahinco.

ANSELMO.

Creia, y aun creo, que la estancia en la escuela facilita el estudio.

SANTELICES.

Pero, hombre, ¿y los pobres?

ANSELMO.

Esos tienen en la ciudad sus familias; pero los que vienen de lugares lejanos, son una plaga en las casas de sus tutores.

SANTELICES.

¡La práctica, la experiencia! Yo tengo dos tutoreados, Gilberto y el pobre de Manuel, cuya madre he recogido, y los dos muchachos se portan bien: hay sus faltillas; pero eso no importa.

ANSELMO.

Insisto en que siempre es un peligro.

SANTELICES.

¡Ilusiones! Gilberto jamas se ha atrevido ni aun á levantar los ojos en presencia de Eloisa: ¿no es verdad?

ELOISA.

No, no....

ANSELMO. (*Aparte.*)

Se ha turbado.....

SANTELICES.

En fin, yo tengo que daros una noticia de alta importancia. Acabo de ser aplaudido frenéticamente en la asamblea y obtenido un triunfo completo.

ANSELMO.

Felicito á vd. por su victoria.

SANTELICES.

Acabamos de proclamar la libertad de la mujer aprobando los artículos protectores del Código.

ANSELMO.

No comprendo....

SANTELICES.

En la legislacion antigua que vd. tanto admira, la mujer era esclava, el rigor de esas leyes pesaba como de hierro sobre su debilidad, hoy es libre, enteramente libre.

ANSELMO.

Prosiga vd.

SANTELICES.

En esos tiempos abominables, invocándose un principio moral, se imponia una verdadera tiranía. El hombre que se llevaba á una mujer sin hacerle fuerza ni amenaza, era castigado con la que se llamaba su cómplice, ¡ja, ja, ja ja!

ANSELMO.

¿Y ya no es delito sacar á una jóven de su hogar, corromperla?

SANTELICES.

Cá, eso no es delito: la ley no puede imponerse sobre la libertad individual.

ANSELMO.

¿Y eso acabais de hacer?

SANTELICES.

Sí, y yo soy el autor del dictámen, amigo mio;

la ley no se mezclará en lo sucesivo: teniendo diez y ocho años la mujer, ya puede hacer lo que le parezca: artículo imborrable en nuestro Código.

ELOISA. (*Aparte.*)

¡Ya no hay que temer!

GILBERTO. (*Aparte.*)

¡Estamos salvados!

ANSELMO.

¡Me parece mentira!

SANTELICES.

Pues es una verdad. ¿Qué le importa á la ley lo que se hace con la voluntad?

ANSELMO.

¿Es decir que la debilidad queda entregada á las pasiones; que la palabra *seduccion* queda borrada; que el burlador de una vírgen cuenta con la impunidad; que la honra de una familia está á la merced de cualquiera?.... pues señor de Santelices, os digo que vuestro Código es inmoral, y que vosotros sois unos criminales, que deshonrais la toga del legislador.

SANTELICES.

Pero, hombre de Dios, la ley no debe tutorear á nadie; la mayor de edad es completamente libre: si ella no se cuida....

ANSELMO.

La debilidad necesita el amparo de la ley, vosotros rompeis esos resortes, acabais de corromper más y más esta sociedad.

SANTELICES.

¡La civilizacion, amigo mio, la civilizacion!

ANSELMO.

Esto es horrible, ¿y habla vd. así delante de su hija?

SANTELICES.

Vamos, vamos.

ANSELMO.

No, esto es increible; ¡por un aplauso de los extraviados y de los malvados, llevais la desconfianza al seno de las familias, facilitais el delito, le dais lugar á la falta, consagrais el crímen!

SANTELICES.

¿Vuelta á los sermones?

ANSELMO.

Tiene vd. razon; cuando un hombre de bien vea perdido el honor de su hija y venga á pedir cuenta por esa ley infame, le contestará vd. que esas son las exigencias de la civilizacion que quiere sacar á la sociedad de sus quicios. No, la civilizacion quiere la moral, ese es su punto de vista; ella condena la infamia, ella rechaza el crímen, ella, que quiere la pureza de las costumbres, os considera á vosotros como los falsos apóstoles de la cultura, como los embaucadores del siglo.

SANTELICES.

No nos entendemos, señor D. Anselmo.

ANSELMO.

Es verdad, perdone vd. mi exaltacion, pero no puedo pasar por nada de lo que estoy viendo: espero que la prensa condenará este absurdo.

SANTELICES.

La opinion de la prensa la forjamos en los yunques del tesoro público.

ANSELMO.

¡No, se engaña vd.; si es cierto que hay seres corrompidos y venales que venden su pluma para insultar á la sociedad, ella les escupe el rostro con la saliva del desprecio, no confunda vd. esa degradacion con la prensa que va á la vanguardia del progreso, que sabe mostrar las llagas sociales, que ilustra, que enseña y que civiliza!

SANTELICES.

Vd. no comprende....

ANSELMO.

¡Sí, creo que la prensa se desencadena, que á veces pierde el sentido de su mision; pero eso depende del desenfreno universal, del ímpetu de las pasiones que se desbordan á la hora de los trastornos sociales!

SANTELICES.

¡En nada estamos de acuerdo!

ANSELMO.

¡En nada! Pero dejemos estos asuntos que no debia tomar con tanto calor.

SANTELICES.

Sí, dejemos la cuestion.

ANSELMO.

Yo parto mañana, la madre de Gilberto desea darle un abrazo.

ELOISA. (*Aparte.*)

¡Dios mio!

SANTELICES.

Tiene razon.

GILBERTO.

¿Mi madre?

ANSELMO.

Sí, la pobre vieja ha estado á punto de morir de alegría cuando supo lo lucido de tu exámen.

GILBERTO.

¡Pobre madre mia!

ANSELMO.

Mañana la estrecharás en tus brazos.

SANTELICES.

Tres años nada más, y tienes el título de abogado.

ANSELMO.

Deseo que llegue ese dia, estoy fatigado y quiero entregarle todos sus intereses: ya deseo ser hijo de familia.

GILBERTO.

Voy á disponerme. (*Aparte.*) ¡Valor, Eloisa!

ELOISA. (*Aparte.*)

¡Sí, sí!

ANSELMO.

Y yo descansaré un momento, me siento fatigado.

SANTELICES.

Bien, allí está un aposento. Nosotros á la mesa, que he hablado dos horas largas y siento necesidad.

ELOISA.

Vamos, padre mio. (*Se van por la izquierda.*)

ESCENA IV.

[MANUEL. DESPUES DOÑA AURORA.

MANUEL.

¡Ya estamos listos!.... dentro de una hora, lágrimas, contorsiones, sacos de viaje, sollozos y mucho ferrocarril..... ¡tableau!..... ¡El rapto!.... han dado en decir que es delito; y lo es, en efecto, un gran delito, yo no lo cometeria por nada del mundo: si hoy me robaba á una mujer, al dia siguiente me la desrobaba: vamos ¿qué hacia yo con ella? ¡ps!.... ¡En fin, ya estamos en el terreno y yo estoy muy templado!... me han templado en la cantina.... ¡diablo! el coñac le hace efecto á todos en la cabeza y á mí en los piés.... me alegro de esta aventura, porque me arranca del hospital.... anoche me tocó la guardia y se me murieron catorce prójimos.... ¡Como me dormí, entró la muerte é hizo una de las suyas!.... lo que son las cosas; yo desuello muertos y á mí me desuellan vivo en el billar.... ¿qué hará Eloisa? ¡Hola, mi madre!

DOÑA AURORA.

¿Qué haces por aquí á esta hora?

MANUEL.

Nada, me dió antojo de entrar á este salon.... los pobres gozamos con el espectáculo de la riqueza.

DOÑA AURORA.

¡Qué extraño!.....

MANUEL.

Nada.... así es la vida.... ademas, nada tiene de extraño.... no sé por qué vd. se sulfura.

DOÑA AURORA.

¡Manuel!....

MANUEL.

¿A qué gritar?.... ¡qué diablo, se me va la cabeza!

DOÑA AURORA.

¿Pero esto hace un hombre honrado? No reparas que estás en casa agena, en la casa de nuestro protector?

MANUEL.

Nadie me hace un favor.... sin que me lo tire

á la cara.... quisiera ver á todos los protectores en la plancha.... para descuartizarlos.

DOÑA AURORA.

¡Qué desgracia tan espantosa! ¡Manuel, me vas á hacer morir de vergüenza!

MANUEL.

¿Yo?.... no, no lo crea vd..... ademas....

DOÑA AURORA.

Vamos, ven conmigo.... recógete.

MANUEL.

¡Imposible!.... ¡tengo un negocio muy urgente aquí!

DOÑA AURORA.

¿Aquí? ¿qué será, Dios mio? vamos.

MANUEL.

¡No, yo no me voy sin.... Eloisa!

DOÑA AURORA.

¿Qué ha dicho?.... ¡aquí pasa algo horrible!

MANUEL.

Vd. es de pecho.... no ha de denunciar vd. á su hijo....

DOÑA AURORA.

Bien.... bien....

MANUEL.

¡Rapto! ¿he? ¡shis!

DOÑA AURORA.

Es necesario evitar este crímen, afortunadamente Manuel ya no está en sí.... ¡qué horror! ¡qué ingratitud! [*Se va.*]

MANUEL.

Estoy haciendo el papel del mingo.... en la carambola.

ESCENA V.

MANUEL. ELOISA.

ELOISA.

Estoy temblando.... la hora ha llegado; ¡pobre padre mio!.... ¡perdóname si te abandono!... ¡yo volveré á arrojarme á tus piés, á cubrirlos con mis lágrimas, no me maldigas, no, la fatalidad me ha empujado al abismo!

MANUEL.

¿Quién reza por ahí?

ELOISA.

¡Manuel, ya estoy aquí, vamos!

MANUEL.

El caso es que.... no.... que no puedo moverme.

ELOISA.

¿Qué le pasa á vd? (*Con ansiedad.*)

MANUEL.

Que me he bebido todo el mes Julio; toda la pension correspondiente y los gastos de viaje.

ELOISA.

¡Qué compromiso! y Gilberto que espera, ¡qué hacer, Dios mio!

MANUEL.

¡Estoy listo!.... diablo de sillon que se quiere caer.... vamos, por aquí.

ELOISA.

No, no es ese el camino. (*Al forcejear, deja caer un papel.*)

MANUEL.

Sí, todo da lo mismo.... sígame vd., ya siento más vapores que la locomotora. [*Se va por la izquierda.*]

ELOISA.

Salir sola, imposible; esperaré á Gilberto.... y él que aguarda desde hace una hora en la estacion.

ESCENA VI.

ELOISA, SANTELICES Y DOÑA AURORA.

DOÑA AURORA.

Allí, allí está el cómplice miserable de este crímen; no, yo no soy la madre que se complica con las faltas del hijo.

ELOISA.

¡Jesus.... mi padre!

DOÑA AURORA.

Dios se ha valido del mismo vicio para impedir este crímen; mi hijo se ha sentido encadenado por la embriaguez ¡oh vergüenza! y no ha podido dar un paso fuera de este hogar llevándose á una niña desgraciada.

SANTELICES.

¡Eloisa!

DOÑA AURORA.

Se me gritará por todas partes que he denunciado á mi hijo; ¡y qué importa si he evitado á un corazon noble la desesperacion y á una jóven el extravío!.... las almas generosas sabrán estimar y comprender el sacrificio de una madre.

SANTELICES.

Cálmese vd., señora. [*Recoge el papel que ha dejado caer Eloisa, lo lee rápidamente y lo estruja.*]

DOÑA AURORA.

He cumplido.... sí, ahora vuelvo á ser madre y me arrodillo ante vd. para implorar el perdon de un hijo desgraciado.

SANTELICES.

¡No, ya sé quién es el verdadero culpable! (*Con ira.*)

ELOISA.

¡Dios mio!....

SANTELICES.

Levante vd. y que ese hombre salga de aquí; iba á ser un instrumento y nada más.... Gilberto.... Gilberto.

DOÑA AURORA.

¡No es mi hijo! ¡gracias, gracias!.... ¡Dios mio, tú no me desamparas!....

ELOISA.

¡Padre!....

SANTELICES.

No lo soy de quien me ha infamado y me lanza á la vergüenza y á la desesperacion.

ELOISA.

¡La fatalidad!.....

SANTELICES.

No, el extravío.... ¿adónde ibas? ¿por qué dejabas esta casa?.... responde, desgraciada.

ELOISA.

No me lo pregunte vd.... yo se lo ruego.

SANTELICES.

¿Qué quieren decir esas palabras?.... yo no quiero comprender el sentido de esa frase.... ¡habla!.... ¡habla!....

ELOISA.

¡No puedo!

SANTELICES.

¡Que hables, Eloisa!.... no, provoques la violencia de mi carácter....

ELOISA.

¡Padre!.... ¡padre!.... ¡perdon!....

SANTELICES.

¡No, yo lo quiero saber todo; si has tenido el valor para deshonrarte, debes tener la entereza de confesarlo!.... habla.

ELOISA.

¡Padre!.... soy criminal.... merezco tu justo enojo! ¡huia de tu cólera aterrorizada!

SANTELICES.

¡Sí, aterrorizada de tu crímen!.... ¡me has cubierto de vergüenza.... eres una miserable que has hecho girones mi honra, la honra de tu padre!

ELOISA.

¡Perdon!.... ¡perdon!....

SANTELICES.

¡No, me has infamado.... pretendias salir de aquí á dar publicidad á una infamia, á pregonar mi baldon en medio de esta sociedad que saborea el escándalo; pero no, aquí vivirás encadenada, devorando en el silencio, conmigo, gota á gota la amarga hiel de nuestra vergüenza.

ELOISA.

Padre.... ese hombre cubrirá mi honra.

SANTELICES.

¡Calla, desgraciada.... esa es la reparacion vulgar que arroja un velo trasparente sobre una mala accion, y que hace más poderoso el escándalo; no, no, yo lo rehuso en nombre de mi honor, de mi honor ultrajado!.... ese paso no borraria la mancha, la sociedad me señalaria con el dedo, se creeria que yo habia implorado de un miserable una reparacion más miserable todavía.

ELOISA.

¿Qué hacer entónces?

SANTELICES.

Unir mi nombre de familia á quien ha hollado este hogar, á quien ha prostituido á la hija de un protector, cuando he abierto las puertas de esta casa como á un hijo, ¡no, nunca.... nunca!

ELOISA.

¡Entónces, padre!

SANTELICES.

¡Entónces!.... la expiacion, el silencio en derredor de la deshonra, el castigo de tu seductor.... yo inventaré algo para lavar mi afrenta, sin que tu nombre se mezcle ni aparezca; yo inventaré algo terrible para infamarlo, diré.... que me ha robado y que lo he arrojado de esta casa por ladron, así lo llevaré á un duelo: ansío la venganza, solo él y yo comprendemos el valor de nuestra injuria.

ELOISA.

¡Piedad!.... ¡piedad!

SANTELICES.

¿Y tú la has tenido de mí? ¡hija ingrata!

ESCENA VII.

DICHOS Y DON ANSELMO.

ANSELMO.

¿Qué pasa aquí?

SANTELICES.

¡Anselmo.... Anselmo.... han deshonrado á mi hija!

ANSELMO.

Cuando mañana se os vea en la tribuna proclamando vuestras utopias, allí, allí está, gritarán esos defensores de la libertad sin límites de la mujer, allí están las víctimas primeras de sus doctrinas, así castiga la filosofía los errores de la conciencia humana.

SANTELICES.

Sí.... sí....

ANSELMO.

Y cuando el seductor de una mujer sea interrogado por el padre á quien ata las manos la ley, le responderá encogiéndose de hombros, como un eco de vuestras palabras: en la tribuna, la ley no puede ponerle límites á la libertad individual.

SANTELICES.

Pero vd. no sabe quién es el seductor, es su hijo.

ANSELMO.

¡Mi hijo!.... ¿y quién, quién lo arrebató de su colegio trayéndole á este hogar, poniéndolo al contacto de la belleza y de la debilidad, vosotros en vuestros extravíos cerrasteis las puertas de la Escuela para llevar el peligro al hogar ageno, la seduccion al seno de la familia.... ¡habeis equivocado el camino, la verdad os castiga!

SANTELICES.

¡Ah! *(Sale corriendo.)*

ANSELMO.

¡Qué pasa! ¡está loco!

ELOISA.

Ha visto á Gilberto. ¡Corra vd., corra vd!

ANSELMO.

¡Gilberto! ¡Gilberto! [*Sale corriendo. Se oye un tiro.*]

ELOISA.

¡Misericordia, Dios mio! [*Cae desmayada.*]

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Antesala del jurado.—Bancos de madera.—Mesa.—Puertas laterales y al fondo.—Una lámpara.—Candelabros en dos mesas del fondo.—Al levantarse el telon entra un grupo de gente por la puerta de la izquierda.

ESCENA I.

MANUEL. (*Dirigiéndose al grupo.*)

¡Adentro muchachos, no hay que olvidar mis instrucciones, ja, ja, ja! ¡El negocio está arreglado á las mil maravillas! ¡Vamos, que Dios me ha dado un talento privilegiado!.... Es necesario reparar mi falta, ¡habia tomado cognac en los momentos de un rapto!.... no, si me parece imposible.... desde ese dia lo he aborrecido y no tomo más que brandi-coeptell.... afortunadamente con dinero todo se allana y Gilberto cuenta con buenos amigos, traigo repleta la cartera de billetes de banco y de recomendaciones: en este país hay poco de cohecho, y mucho de soborno, lo que un hombre no es capaz de hacer por dinero, lo hace por no decir que no, ¡hé aquí nuestro carácter!.... ya hay reunidos ocho jurados, faltan tres, aquí los atrapo como en una ratonera.... ayer todo fué correr en coche, ya á la tienda, ya á la curtiduría, ora al tendajon, ora á la plaza del mercado, en busca de los jueces: ántes caía uno en manos de un abogadote que leia y releia la causa y sacaba librotes, y ¡prás! un sentencion tremendo; hoy no, se lee el expediente, se llora en la defensa, y once desgraciados que ni se enteran de la cuestion, ni saben lo que pasa, absuelven en el acto.... Si en los tiempos de Adan hubiera habido jurados, absuelven á Cain, y condenan á Abel por falso calumniador.

ESCENA II.

MANUEL. JURADO 1º

JURADO.

¿Por aquí se entra al jurado?

MANUEL.

Sí, precisamente; por aquí se entra.

JURADO.

Ayer me mandaron este papel, vengo á decir que yo no sé de estos negociados, que no me gusta meterme en chismes, que me quitan el tiempo.

MANUEL.

No, no llame vd. chismes á estos negocios. vd. es juez, un juez muy respetable, conoce vd. la filosofía del derecho criminal, tiene vd. todos los tamaños para formar parte de un tribunal social.

JURADO.

No diga vd. esos disparates, yo no sé más que de la compra de reses.

MANUEL.

Eso es suficiente segun la ley, aquí se busca la conciencia.

JURADO.

Yo no sé lo que se pesca.

MANUEL.

Es muy sencillo: insultaron á ese pobre jóven y como ya sabe vd. que hoy todo el mundo lleva pistola como si viviésemos entre salvajes, usó de ella y ¡zás! le metió en el pecho una bala; pero muy pequeña, que le salió inmediatamente por una costilla, ya se alivió, se pasea en la calle y....

JURADO.

¿No es más que eso?

MANUEL.

Nada más.

JURADO.

¿Y para eso nos hacen venir?

MANUEL.

Se necesita la sentencia absolutoria.

JURADO.

Por mí, como el dia de mañana me puede suceder lo mismo porque tengo mal genio, lo absuelvo; al cabo á mí nada me importa.

MANUEL.

Bien dicho, ¿qué nos importa?

JURADO.

¿Y no hay responsabilidad?

MANUEL.

Ninguna, se disuelve el jurado y se acabó la danza.

JURADO.

Pues adentro. (*Se va.*)

ESCENA III.

MANUEL. (*Solo.*)

La cosa marcha, este imbécil ya es nuestro. Me preguntaba por la herida, si viera los certificados de los facultativos se convenceria más pronto; herida ultra leve en que la bala suavente entró por un lado y salió por otro, ¡sin ninguna novedad!.... El Sr. de Santelices no es de la misma opinion, ha estado dos meses en cama; pero al fin está salvado.

ESCENA IV.

MANUEL. JURADO 2°

MANUEL.

Ya esperaba á vd. con impaciencia, amigo mio; vd. será el presidente del jurado.

JURADO.

¡Grave!.... ¡muy grave es el hecho!.... alevosía, premeditacion y ventaja.

MANUEL.

No, está vd. equivocado; la alevosía y la ventaja estuvieron de parte del herido.

JURADO.

No, no, el negocio se encuspia.

MANUEL.

No tanto, lo que siento es que vd. necesita dedicarse al estudio del expediente.

JURADO.

Y mis negocios no me lo permiten.

MANUEL.

Necesitaba indemnizar á vd. por su trabajo, esto es muy justo, muy justo.

JURADO.

No, no, vd. me ofende,

MANUEL.

Caballero, yo no quiero comprar á vd., eso seria una infamia; pero segun la constitucion, nadie puede prestar trabajos personales sin la justa retribucion.

JURADO.

Es verdad, y yo soy muy constitucionalista; con quinientos duros me redondeaba.

MANUEL.

Aquí están doscientos, y ya verémos más tarde; vd. va á dirigir el jurado.

JURADO.

Los tomo.... nada más por obedecer la constitucion, y respondo del éxito.

MANUEL.

Entre vd. y.... mucha constitucion.

JURADO.

Bien, bien. (*Se va.*)

ESCENA V.

MANUEL. (*Solo.*)

Es una ganga para un pícaro salir de jurado; como no hay responsabilidad, el negocio es concluido. No obstante, el maldito ha mermado mis ganancias, no toda la justicia ha de ser *gratuita*, como dice el Código Fundamental.... falta un jurado para hacer mayoría, ¡hola, el defensor!

ESCENA VI.

MANUEL. EL DEFENSOR.

DEFENSOR.

¿He llegado tarde?

MANUEL.

No, falta un jurado nada más.

DEFENSOR.

Bien, ¿ha arreglado vd?....

MANUEL.

Sí, todo, me han ayudado los amigos de D. Anselmo, vd. sabe que á los ricos aunque no den nada, los ayuda todo el mundo.

DEFENSOR.

Bien, bien.

MANUEL.

¿Y ya está la defensa?

DEFENSOR.

¡Magnífica amigo mio, magnífica!

MANUEL.

Supongo que hablará vd. de canas venerables, de lágrimas de una madre, de sollozos de un hijo, de defuncion de una abuela.

DEFENSOR.

Sí, muchas lágrimas, muchas lágrimas.

MANUEL.

No se pare vd. por ellas, sea vd. el pozo artesiano de la oratoria moderna; es necesario que llore el jurado, el reo, los defensores y hasta los alguaciles.

DEFENSOR.

Dicen que el fiscal está tremendo.

MANUEL.

No importa, ya les dije á mis amigos que no lo dejen hablar, que lo silben; de esa manera lo poco que pueda aparecer en contra se ahoga entre el desórden.

DEFENSOR.

Por supuesto, á mí mucho de palmoteo.

MANUEL.

¡Mucho! como que ya les *unté* las manos.

DEFENSOR.

¿Y qué tal los jurados?

MANUEL.

Ya verá vd., es una arca de Noé. (*Aparte.*) Donde tú vas á ser el papagayo.

DEFENSOR.

¿Ya llegó la *claque?*

MANUEL.

Desde por la mañana, allí he tenido á los muchachos, les he hecho servir un almuerzo y el entusiasmo no conoce límite; al presentarse vd. romperán el aplauso.

DEFENSOR.

Bien, bien, vea vd. el final. (*Le da unos pliegos.*)

MANUEL.

Veamos. "He conluido, señores jurados, aquí hay dos inocentes, la pistola y el acusado."

DEFENSOR.

Aquí que aplaudan, se lo suplico á vd.

MANUEL.

"Una bala que no mata, no es una bala, y si mata, es un accidente imprevisto. Se derramó sangre, está bien, el caso puede tomarse como un ataque apoplético.

DEFENSOR.

Aquí otro aplauso.

MANUEL.

Por supuesto. "No siempre que hay sangre hay delito, este es un caso de perforacion costillar, de fiebre imitativa; ¡no hay crímen! absolved al acusado.

DEFENSOR.

¿Qué tal?

MANUEL.

¡Bravísimo! Pase vd., elocuentísimo defensor. (*Se va el defensor. Se oyen aplausos.*)

ESCENA VII.

MANUEL. (*Solo.*)

¡No he visto animal más grande que el defensor! no obstante, para un jurado no se necesita

mucho; cuatro disparates, y una lágrima.... y este diablo de vocal que no parece, y ya llevamos cuatro horas de espera.... él es.

ESCENA VIII.

MANUEL. EL JURADO 3º

JURADO.

Caballero.

MANUEL.

La sesion está pendiente de vd.

JURADO.

Ya estoy listo.

MANUEL.

¡Ah! se me olvidaba, aquí le traigo á vd. unas cartas que me encargaron. *(Le da unas cartas.)*

JURADO. *Leyendo.*

"M m m m á ese jóven lo reclama la patria. El ministro....

MANUEL.

Sí, se ha empeñado por Gilberto.

JURADO. *Leyendo.*

M m m m. Un juez de lo civil.

MANUEL.

Muy entendido en estas materias, ha visto el caso y le parece resuelto.

JURADO. *Leyendo.*

M m m m el ¡tesorero general!

MANUEL.

Sí, todo el mundo se empeña.

JURADO.

Un ministro, un juez, ¡el tesorero!.... no puedo negarme, el reo debe tener mucha justicia: ¡diablo de acusadores tan bribones! *(Se va.)*

MANUEL.

¡Ya tenemos *quorum*! ¡vivan los ingleses que inventaron el jurado!.... ¡pasemos lista á mi gente! *(Se va.)*

ESCENA IX.

DON ANSELMO.

No he podido nunca entrar á un tribunal sin sentirme emocionado.... el respeto á las decisiones humanas.... ¡el fallo de la justicia de los hombres!.... ¡esto me aterra!.... ¿qué estará pasando? [*Se acerca á la puerta.*] ¡Ah!.... ¡mi hijo en el banquillo del reo.... él, él, tan jóven y ya marcado con el sello del crímen.... sí, criminal; ¡pero yo no puedo abandonarle!.... mis ojos están secos de llorar..... mis lágrimas se han fundido con el fuego de mis dolores.... su pobre madre agoniza entre las angustias que devoran su corazon.... hijo.... hijo mio.... yo vengo á acompañarte en la desgracia, la ley será implacable.... no, no tienes disculpa, has herido á un hombre indefenso.... era un padre ultrajado, un protector ofendido.... ¡cruel, muy cruel ha sido la suerte contigo!.... *(Se oye un aplauso.)*

ESCENA X.

DICHO Y MANUEL.

MANUEL.

¡Bravo!.... ¡bravísimo!

ANSELMO.

¿Qué pasa? dígame vd., por piedad....

MANUEL.

Nada, todo lo he preparado con una habilidad maravillosa.

ANSELMO.

¿Que vd. ha preparado todo? no comprendo....

MANUEL.

Aliste vd. los fondos, ya se le pasará á vd. la cuenta.

ANSELMO.

¿La cuenta?

MANUEL.

Hemos gastado mucho.

ANSELMO.

Si vd. no se explica con más claridad, no habrá modo de entendernos.

MANUEL.

Vd. no sabe cómo se manejan las teclas. [*Se oyen silbidos.*)

ANSELMO.

¿Qué pasa? ¡Dios mio!.... ¡maltratan á mi hijo!

MANUEL.

No, al contrario, le están silbando al *ministerio público*, porque dice que es un delito el de Gilberto.

ANSELMO.

¿Qué sociedad es esta, caballero, donde se insulta al ministerio público? ¿no sabe vd. que es la voz de la ley, el eco de la justicia, el representante de la vindicta pública?

MANUEL.

Sí, pero del lado del reo está la concurrencia y no consentirá se le acrimine.

ANSELMO.

¿Y esa concurrencia desmoralizada será capaz de apagar la voz del representante de la justicia social?.... ¡caballero, este es un atentado!.

MANUEL.

No conoce vd. al fiscal, es un hombre cruel que ve crímenes en todas partes. Ya le dicen por todas partes Torquemada.

ANSELMO.

¡Es decir que la ley es una irrision, y que á los dispensadores de ella se les entrega á la rechifla popular, que el mismo pueblo viene á pisotear sus códigos, á escupir el rostro á la justicia humana!

MANUEL.

Es decir que vd. prefiere que condenen á su hijo.

ANSELMO.

No, no es esa la cuestion, caballero, es que nací en este país, y me duele ver arrastrados por el lodo los fueros de la ley por la estúpida ignorancia de los malvados.

MANUEL.

No conoce vd. la institucion del jurado.

ANSELMO.

Sí que la conozco, es la idea más avanzada de la civilizacion actual; pero aquí la veo prostituida por una pestilente desmoralizacion.

MANUEL.

¡Creiamos hacerle á vd. un favor comprando los votos de algunos jurados para salvar á Gilberto!

ANSELMO.

¡Me va vd. á volver loco, caballero; aquí, bajo este augusto templo se pone á precio á la conciencia pública, que busca la ley como la decision más generosa; no, esa es una mentira, vd. está calumniando á los hombres honrados. Si la libertad de mi hijo tiene que comprarse en el silencio de este vergonzoso crímen, yo, yo que soy su padre, la rechazo!

MANUEL.

Hé aquí el premio de mis oficios de amistad.

ANSELMO.

No, vd. no tiene la culpa, participa vd. de la desmoralizacion que devora á esta sociedad. [*Se oyen aplausos.*] ¿Qué pasa, cielo santo?.... los jurados se levantan, van á conferenciar.... ¡que lo absuelvan, Dios mio!.... ¡que lo absuelvan!

MANUEL.

La defensa ha concluido, puede vd. hablar con Gilberto.

ANSELMO.

¡Valor.... valor.... al fin es mi hijo! [*Se va.*]

ESCENA XI.

MANUEL.

Diablo de viejo tan estúpido; debe vivir en Tebas puesto que no conoce estos mamotretos: si viera como yo, absolver todas los dias á los más grandes criminales, le pareceria nada la absolucion de Gilberto.... y yo que pensaba esprimir este negocio y sacarle algunos cientos de carambolas.... ¡qué estupidez!

ESCENA XII.

MANUEL Y ELOISA.

MANUEL.

La dama negra.

ELOISA.

Dios mio, si me habrán seguido.... no importa, he llegado: aquí no hay temor de que me descubran.

MANUEL.

Aventura tenemos.

ELOISA.

¡Manuel!

MANUEL.

Señora. [*Se levanta Eloisa el velo.*] ¡Eloisa!

ELOISA.

¡Sí, yo que presa de una ansiedad horrible he venido.... dos meses de sufrimientos espantosos, de encierro, donde no he podido comunicarme, merced á una vigilancia feroz!....

MANUEL.

Cálmese vd., Eloisa.

ELOISA.

¿Qué pasa con Gilberto? ¿cuál es su suerte? ¡oh! ¿son implacables sus enemigos?

MANUEL.

Descuide vd., solo una casualidad hará que salga sentenciado; no pueden fallar nuestros trabajos.

ELOISA.

¡Creerá que lo he olvidado!

MANUEL.

No sé; pero él ha sufrido tanto como vd.

ELOISA.

Eso es imposible.... yo estoy temblando, mi padre aun no resuelve de mi porvenir.... ¡Manuel, soy muy desgraciada!

MANUEL.

Valor. ¡Ah!

(Corre y se entra á la sala de jurados al presentarse Santelices.)

ESCENA XIII.

ELOISA Y SANTELICES.

ELOISA.

¡Qué pasa!.... ¡mi padre!

SANTELICES.

¡Has creido burlarme, desgraciada; y yo soy quien ha abierto las puertas de tu reclusion!

ELOISA.

¡Padre!

SANTELICES.

He querido poner á prueba tu corazon y tu virtud; no, tu virtud no.... esa la has perdido en lo más espantoso de los extravíos.

ELOISA.

¡Es que mi situacion es horrible!....

SANTELICES.

Eloisa.... no, si me parece un sueño del abismo.... ¿tú, tú mi hija y vienes aquí á implorar la compasion de quien ha herido traidoramente mi pecho?

ELOISA.

¡Perdon!

SANTELICES.

¡No, cómo voy á perdonarte; esa palabra en tus labios es una ironía cruel.... entre ese hombre y tú, está mi sangre vertida alevosamente por el miserable que ha escarnecido mi honra!

ELOISA.

¡Horrible!.... ¡horrible!

SANTELICES.

¡Y cuando abrigaba una esperanza, porque tú hubieras maldecido al sacrílego que habia atentado á la existencia de tu padre, te encuentro aquí empujada por tu mismo crímen, envileciéndote á los piés de un asesino!

ELOISA.

¡Porque ese hombre.... es el padre de mi hijo!

SANTELICES.

¡La fatalidad Eloisa!.... ¡la fatalidad!....

si la naturaleza forjó estos lazos con un amor criminal, Dios los desata en nombre de esa misma naturaleza.

ELOISA.

¿Qué hacer? ¿qué hacer?

SANTELICES.

No, los sentimientos no se aconsejan; si tú no experimentas horror por ese hombre, ¿qué voy á decirte, desgraciada, que pueda encontrar eco en tu corazon?

ELOISA.

¡No, no, estaba loco!

SANTELICES.

Tú, puedes perdonar, olvidar, porque la ley del beneficio es la ingratitud, yo iba á dar mi vida por vengar tu honra, y tú me apartas para tender los brazos á tu seductor.

ELOISA.

¡Horrible! ¡horrible!

SANTELICES.

¡Horrible!.... y no obstante, estás aquí, expuesta, no ya á publicar tu deshonra, sino á infamarte, con una accion que condenarán las almas generosas.

ELOISA.

¡Padre! ¡padre!

SANTELICES.

¡Yo te abandono, como á un reo en manos de la ley.... sí, para sufrir el castigo; porque ese hombre será mi vengador!

ELOISA.

¡Misericordia!

SANTELICES.

¡Tú eres mi hija, y me olvidas; el que ha vertido mi sangre, me tendrá presente!

ELOISA.

¡Piedad! ¡piedad!

SANTELICES.

¡Te abandono, yo moriré en el silencio de mi desgracia y agobiado por mi deshonra, pero tú, tú que rompes los lazos de amor entre la hija y quien le dió el sér, que escarneces la moral, que profanas tus creencias, contarás despues con tus lágrimas los dias de tu existencia!

ELOISA.

¡No, la maldicion no!

SANTELICES.

¡Y para qué, si ya Dios te ha maldecido!.... (*Se va.*)

ESCENA XIV.

ELOISA, DESPUES DON ANSELMO.

ELOISA.

¡Yo estoy loca!.... ¡mi padre!.... ¡ese hombre! ¡espantosa disyuntiva! [*Se oyen aplausos.*]

ANSELMO.

Ya salen los jurados, tengo miedo de oir esa sentencia.

ELOISA.

¡Señor!.... ¡señor!

ANSELMO.

¡Eloisa!

ELOISA.

Sí, yo que abandonada de todo el mundo, vengo á implorar la compasion de vd.

ANSELMO.

¿Mi compasion?.... no, no es á mí á quien debe vd. dirigirse; allá, allá, donde un pobre padre llora sus infortunios, ¿qué le importa á vd. mi compasion si á quien ha ofendido es á él?

ELOISA.

¡El me arroja de su hogar.... me maldice!

ANSELMO. (*Aparte.*)

¡La sacrifica y la abandona! ¡la puso al borde del abismo y la deja caer sin compasion! ¡ah! bien.... bien.... yo.... [*Se oyen aplausos. Sale Gilberto con el juez y los jurados.*]

ESCENA XV.

DICHOS. MANUEL, GILBERTO, EL DEFENSOR Y LOS JURADOS.

ANSELMO.

¡Mi hijo!.... ¡mi hijo!....

MANUEL. (*Dirigiéndose á D. Anselmo.*)

¡Un abrazo! ¡un abrazo!

DEFENSOR.

¡Un abrazo! ¡un abrazo!

ANSELMO.

¡Absuelto!.... ¡absuelto!.... (*Retirándolos.*) ¡Tú, declarado inocente, cuando todavía palpita en tu mano la caliente sangre de tu víctima.... ¡no, esta es una mentira.... más aún, es una infamia!

DEFENSOR.

¡Caballero!

ANSELMO.

Habeis hecho una farsa oprobiosa; habeis insultado á la ley, glorificado el crímen, escarnecido á la sociedad!.... yo condeno desde mi altura de padre ese fallo vergonzoso, yo protesto en nombre de la moral, y os condeno á vosotros como á los cómplices de este delito; habeis puesto un *inri* de vergüenza á la gente de la ley!

DEFENSOR.

Caballero....

ANSELMO.

¡La sociedad que os tolera, se infama, porque esa sangre vertida impíamente, pasa de las manos del asesino á salpicar su rostro deforme!

DEFENSOR.

Os dejamos. [*Se van saliendo pausadamente.*]

ANSELMO.

¡Sí, dejadme, yo no transijo con vuestra corrupcion; oigo crugir el edificio social que se derrumba á nuestros piés; cuando una sociedad se desquicia, vienen á azotarla las tempestades de la revolucion, para convertirla en cenizas, para encadenarla. Cuando las leyes están prostituidas ó cuando la mano de la inmoralidad las ha borrado, nos recobra en el estado natural, ¡Gilberto, yo soy tu juez! Eloisa.

ELOISA.

Señor.

ANSELMO.

Debes una reparacion á un hombre honrado y á una mujer seducida.

GILBERTO.

¡No, nunca!.... abofeteado.... traido al banco del reo, escarnecido!....

ELOISA.

¡Gilberto! [*Suplicante.*]

GILBERTO.

¡Nunca! ¡nunca! no hay ley que pese sobre mí!

ELOISA.

¡Qué castigo tan espantoso!

ANSELMO.

¡La ley!.... ¡la ley!.... ¡no, á falta de ella yo te juzgo, insensato; tú no eres por tus extravíos digno de llevar el nombre de hijo, no te glorificarás con el nombre de padre; yo te condeno á vivir fuera del hogar, á no volver á imprimir un beso en las sagradas canas de tu anciana madre, á no velar en la cuna de tu hijo!

GILBERTO.

¡Padre!

ANSELMO.

¡Eloisa! yo te protejo, ven, huyamos de esta sociedad escarnecida, cuyo miasma emponzoña el aliento de dos generaciones; la virtud se muere, la moral se corrompe, el vicio impera, los Dioses se van!

FIN DE LA COMEDIA.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T446
v. 14
no.1-18